

go, desde que volvió de la finca. Es más, aunque sonrías incrédula, me satisface que Felicia haya secado sus lágrimas. ¡Pobrecita, cuánto padecer!

—No fue mucho; y pronto la han consolado.

—No digas eso, que he sido testigo...

—Mira, Marta, te aseguro, ahora que pasó todo, que no creí nunca en el dolor de Felicia; me pareció siempre una manera de jactancia repugnante; y más que todo, deseo de inspirar compasión haciéndose la romántica.

—Me disgusta que murmures de Felicia. Yo la quiero; y así como no toleraría que me hablasen contra ti, tampoco deseo oír mal de ella. Con que...

—Pero, niña ¿no te parece horrible andar como una mendiga solicitando compasión? Quería ser una Evangelina, una Julieta. Me dan ganas de reír a carcajadas. Me moría antes que imitarla. A los extraños no les importan nuestros sufrimientos. Prefiero irritar, que inspirar lástima. Me daría cólera que me compadecieran, y más por un hombre. No lo digo por tu hermano, sabes bien que lo estimo: hablo en general; pero habiendo tantos hombres, y siendo cual son, tan malas fichas...

—Exageras, no sabes lo que dices.

—¿Y ese tonto de Alfredo se figurará que puede encontrar mujer como tú? ¡Dejándote por Felicia!... Eso es el colmo... ¡Cómo se conoce que es un **no nos dejes**...!

—Descompones tus palabras. De veras que te has irritado contra Felicia y Alfredo. ¿No los quieres?

—¡No había de molestarme la conducta de esos títeres...!

—¿Pero de dónde sacas que ese hombre me deja? Fue y es amigo nuestro, entiendo yo.

—Vaya, ahora vas a negar. ¡A buena hora!

—Dejemos eso; dijo Marta. Te lo ruego. Me disgusta oírte así. Me pareces otra persona.

—Ya lo ves, ya lo ves. Si yo tengo razón, Marta. Por más que quieras ocultármelo, yo te sé leer en el rostro.

—Lo que deseo es que compres lo que vas a comprar y regresemos a nuestra casa. Quiero llegar temprano, por mamá. Y no injuries nunca a nadie, ni murmures. Te quiero bastante, eres menor que yo y tengo derecho de reprenderte.

—Repréndeme, pero déjame también mostrarme a ti sin rebozo, como soy; decirte lo que siento y no fingir. Soy muy amiga de la verdad, aunque incomode.

Marta soportó la impertinencia, aunque temiendo a cada momento que el corazón traicionara su voluntad, en gracia a la adhesión y fidelidad ya antiguas de su compañera. Medio muerta física y moralmente de cansancio, sin haber comprado una hebra de hilo para sí, llegó a su hogar. Y como era la hora de comer y no tenía apetito, pretextó un dolor de cabeza y se retiró. Una vez sin testigos, lloró, y decidió devolverle a Alfredo, en la primera oportunidad, las cartas y otros objetos que de él había recibido, creyéndose amada.

A la noche, la madre vino a recogerse temprano y ofreció alimento a su hija, que lo aceptó, explicando al mismo tiempo que se sentía acalenturada y muy nerviosa, debido a un fuerte resfriado. El instinto maternal, para su sayo, puso otro diagnóstico que calló prudentemente, segura la señora de que Marta, como buena hija, le descubriría el mal verdadero que la aquejaba.

FUERZA CONSCIENTE, revista ácrata. 30 céntimos número.
por el Doctor Freeman.